JUAN G. RENOVALES

HORAS DICHOSAS

APUNTE DE COMEDIA

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

HORAS DICHOSAS

HORAS DICHOSAS

APUNTE DE COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JUAN G. RENOVALES

Estrenado en el teatro SALÓN NACIONAL la noche del 14 de Marzo de 1910



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.[o]
Teléfono número 551

1910

A mi querido amigo y compañero

Pepe Francés

Juan G. Renovales.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA BLANCA..................	Pilar Martínez.
VIVINA........................	Elvira Pacheco.
SEÑORITA INGLESA........	Isabel Espada.
DON SEVERO.................	Trinidad de Arcas.
JUANITO......................	Federico Casuso.
GUARDA......................	Fernando Fernández Gil.
TEODOSIO....................	Alfonso Santos.



ACTO UNICO

La escena representa una plazoleta de un jardín que puede ser el Retiro, la Moncloa ú otra plaza cualquiera de jardín. Ha de haber tres bancos: uno, primer término derecha; otro, primero izquierda, y otro, foro. Es una mañana espléndida del mes de las flores.

ESCENA PRIMERA

En cuanto se levanta el telón, el público verá á un GUARDA de jardín que duerme dulcemente en el banco del foro, dando grandes cabezadas, pero sin soltar de la mano el palo ó vara que suelen usar estas gentes y el cual parece cetro de monarca vencido. El Guarda es gallego, cosa que ha de verse á simple vista antes de que hable. A poco aparece por derecha una pareja de ochentones, limpios, pulcros y vestidos de obscuro. El con su gabancito, su sombrerito flexible, arrastra los pies bien á su pesar y se inclina hacia el suelo; pero su color es sano. Ella está más ágil. Lleva un abriguito de verano y, sobre sus cabellos blancos, capota elegante. De su mano derecha pende una bolsa en la que guarda labor de ganchillo. Ella se llama BLANCA, y es blanca en efecto. El, SEVERO, y es un alma de Dios.

BLAN. ¿Te parece que nos sentemos aquí?

SEV. Bien estaremos aquí.

BLAN. Pues á ello. (Se sientan primer término izquierda.)

SEV. ¿Tú habrás traído la labor?

BLAN. Sí, aquí la tengo. (Saca de la bolsa una tira de crochet.) ¿Y tú tragiste tu periódico?

SEV. Presente. (Saca un periódico y busca la noticia que

más le conviene mientras Blanca hace labor. Pausa larga.) Oye, ¿qué se hizo de aquel roscón que nos regalaron las hermanitas de los pobres?

BLAN. ¿Conque qué se hizo? ¿Qué hiciste tú de él? ¿Te lo comiste en dos dias?

SEV. ¿Será posible?

BLAN. Y tan posible.

SEV. ¡Cuidado que estaba rico! Hay roscones que debieran retrotraerse á los tiempos de Canaan.

BLAN. Pues no sé cómo te las ibas á arreglar para comértelo.

SEV. Hablo únicamente en lo que se refiere á la multiplicación de ellos.

BLAN. ¡Golosazo! No te cansas de chucherías.

SEV. Sí, que tú debes estar pesarosa de ello.

BLAN. Claro, hombre; si cada día te gustan más las golosinas.

SEV. Por eso me gustas tú. (Haciéndola una caricia.)

BLAN. Vamos, déjate de arrumacos ahora.

SEV. ¿Y cuándo mejor? A la luz del día,—porque ya nosotros no buscamos la noche con ansia,—cuando la Naturaleza sonríe como chiquillo bien cuidado y ahíto, nosotros, pobres viejos que no tenemos á nadie en el mundo, somos el uno para el otro mutuo báculo. Antes habia la esperanza de... puede que mañana, ¿quién sabe?... Pero ahora... ya no hay esperanza ninguna, y no hay cuidado de dedicarnos todo nuestro amor.

BLAN. Calla, no me avergüences.

SEV. Pero, mujer, si nadie nos oye. (El Guarda suelta un espléndido ronquido.)

BLAN. ¿Eh? (Mirando hacia donde está el Guarda.) ¡Caramba con el amigo!

SEV. ¿Ves? Nadie nos oye.

BLAN. Dicen que al llegar á la edad madura, todo recuerdo es alegre. El nuestro es bien triste.

SEV. ¿Y por qué es triste? (La coge las manos.) Vamos, tontina, no te apesadumbres por cosa que no lo merece. De haber tenido hijos, tal vez nuestro amor se hubiera entibiado. La lucha por la vida, la falta de comodidades de que hoy nos vemos rodeados, hubie-

ra sido causa, no de borrar nuestro cariño, que eso sería imposible, pero sí de repartirle. Mientras que ahora todos nuestros pensamientos son mutuos, como son mutuos nuestros amores. Alegrémonos de haber llegado á viejos con el alma libre de penas y nuestros cuerpos exentos de dolores materiales.

BLAN. Eres un gran filósofo, Severo.

SEV. Y tú un hada que me trae á la memoria nuestros mejores días. ¿Ves esa colcha que estás tejiendo con tus manos? Es el símbolo de nuestro cariño. Cada nudo que tus dedos tejen, es un día de nuestro pasado alegre y dichoso. Fuertes, apretados, seguidos, van multiplicándose poco á poco. Es el ahorro diario, es una sucesión de ideas, sentimientos y bienandanzas, que no pueden separarse. En cuanto uno de esos puntos se escapase, si no se le sujetara pronto, se marcharían todos y habría necesidad de volver atrás para reconstituir la obra. Pero no; ninguno se escapa. Míralos: todos unidos, *triqui triqui*, apretados como si se abrazasen. ¿Ves? son muchos, muchos, pero uno con otro van siempre aparejaditos como nosotros.

BLAN. ¿Y por qué han de ir siempre de dos en dos?

SEV. Porque donde hay dos puede haber dicha. Donde son tres, aunque este sea un hijo, alguna vez se enturbia, y si este tercero es un amigo cariñoso, ¡entonces sí que hay que recurrir al pañuelo rojo!

BLAN. Siempre picante.

SEV. Siempre queriéndote.

BLAN. Zalamero.

SEV. ¿Y cómo no con mujer tan buena?

ESCENA II

DICHOS, JUANITO y VIVINA. En este momento aparecen por izquierda una pareja de enamorados jóvenes y elegantes, en traje de mañana, á los que acompaña una «miss» un tantico rara y con un libro en la mano. La rareza de esta señorita, estriba en su cara no

en la «toilette» que ha de ser severa. A la cabeza llevará un sombrerito con una pluma larga que ha de jugar á su tiempo. La pareja, se sienta en primer término derecha; la «miss» modelo de discreción, se sienta á foro, junto al guarda que duerme tranquilo; abre su libro y lee

JUA. ¡Ya verás, ya verás tú qué boda!

VIV. Como que dice mi mamá que quiere que yo me case de blanco, para obligar á los invitados á ir de frac.

JUA. ¡Tan bien como me sienta á mí el frac!

VIV. Y á mí lo blanco.

BLAN. (A Severo, que mira á los jóvenes desde que llegaron.) ¿Por dónde te andabas tú ahora?

SEV. Ya puedes suponerlo.

BLAN. ¿Por el día de nuestras bodas?

SEV. No precisamente por el día; pero en fin, te daré premio por la aproximación.

BLAN. Calla, Severo, calla, que vas á desbarrar.

SEV. ¿Por acordarme de que aquel día feliz, hubo de anochecer también? Pues bueno fuera que no hubiera anochecido, con las ganas que yo tenía...

BLAN. ¡Severo! (Un poco amoscada.)

SEV. ¡Blanca!... Con las ganas que yo tenía de descansar de tanto ir y venir, de tanta enhorabuena.

JUA. (A Vivina.) ¿Te acuerdas del día que nos conocimos?

VIV. Ya lo creo. Fué en casa de las de Salmonete.

JUA. ¿De las de Salmonete?

VIV. Sí, hombre. Las llaman así porque el padre, en sus buenos tiempos, fué pescadero.

JUA. Será en sus malos tiempos.

VIV. No, en sus buenos; porque entonces estaba el hombre en su centro, y ahora, todo el mundo se ríe de él.

JUA. Pues mira, se come bien en su casa.

VIV. Como que su mujer ha sido cocinera.

JUA. Es claro, y como dice el refrán: el que ha sido cocinero antes que fraile...

SEV (A Blanca.) ¿Te acuerdas del día que fué papá á pedirte?

BLAN. ¡Vaya! Muy serio, muy nervioso, parecía que iba á algun asunto grave.

SEV. En aquella ocasión no fué grave; pero créeme, de cien casos como aquel, noventa y nueve son principio de padecimiento incurable.

BLAN. ¿Y qué sería de aquel militarote que me rondaba?

SEV. Como yo le viera, ya le diría cuántas son dos y dos.

BLAN. Ahora vas á acordarte.

JUA. (A Vivina.) ¡Ah! Te advierto que al memo de tu primo no le consiento que vuelva á darte conversación.

VIV. Pero hombre, ¡si es primo hermano!

JUA. Es que no quiero resultar yo el primo.

SEV. (A Blanca.) Es que era insoportable. Todo el día calle arriba, calle abajo..

VIV. (A Juanito.) Vamos, no seas tontín, si sabes que solo á ti te quiero.

BLAN. (A Severo.) Pero ya viste como te preferí á ti.

SEV. ¡Bueno fuera! ¿Dónde vas á comparar mi elegancia con la de aquel mamarracho?

JUA. Y yo á ti solita, Vivina mía. Ya verás qué regalo te voy á hacer el día de tu Santo. Pero me tienes que prometer no mirar á nadie más que á mí.

VIV. ¿Y á quién quieres que mire sino á ti?

JUA. Anda, déjame que te bese esta orejita.

VIV. Que no, que no; eso cuando seas mi marido.

JUA. Entonces ya no tiene gracia.

VIV. ¿Cómo que no tiene gracia? Eso quiere decir que entonces te dedicarás á besar á otra.

SEV. (A Blanca siguiendo su conversación.) Es seguro.

VIV. (Creyendo que es por ellos) ¡Eh! (Tranquilizándose.) ¡Ah, no es con nosotros! Mira, mira los viejos qué animados.

BLAN. (A Severo.) Como que yo te iba á dejar...

SEV. Si no nos veía nadie. (Hace un rato que la «miss» duerme dando cabezadas y en una de ellas toca la pluma del sombrero la cara del guarda. Este de vez en vez se sacude creyendo que es una mosca lo que le pica.)

JUA. (A Vivina.) ¿Tú ves eso? Pues no es nada comparado con lo que nosotros nos queremos. Anda, acércate un poquito, con disimulo, para besarte la orejita.

VIV. Que no, Juanito, que no, que nos pueden ver.

JUA. Anda, riquita, nada más que uno. La *miss* duerme. Mira, se ha contagiado del guarda.

BLAN. (A Severo.) Mira á ver si viene alguna noticia en los «Ecos de Sociedad.»

SEV ¡Ya lo creo! Trae una lista interminable. (Leyendo.) «La hija de los Barones de la Caseta, dió á luz ayer un robusto niño. Damos el parabién á los padres dichosos.»

VIV. (A Juanito.) No seas pesado, que vas á convencerme y no quiero.

JUA. Pues yo quiero.

BLAN. (A Severo.) Probablemente será un esperpento.

VIV. Si yo también quiero, pero me da mucha vergüenza.

JUA. Pues hija, si Dios no lo remedia, te he de dar muchos, y tú á mí. (Vivina se tapa la cara y Juanito lucha por destapársela. La abraza dos ó tres veces, sin ver que los viejos les estan mirando.)

ESCENA III

DICHOS y OBRERO. Sale por derecha un Obrero, con las ropas algo sucias del trabajo. A este Obrero como le suponemos bautizado le llamaremos TEODOSIO

TEOD (A don Severo.) ¿Me hace usted el favor de decir si han tocao?

SEV. (Con intención, mirando á los novios.) ¡Ya lo creo!

TEOD. Porque como uno es una miaja sordo.

SEV Pues sí, sí que han tocado.

TEOD ¿Cómo decía usted? (Se sienta en el banco, junto al viejo, ensuciándole; él se sacude etc., etc.)

SEV. Que sí. (Hace señas con la cabeza.)

TEOD. ¿Y cuántos toques han dao?

SEV. ¡Qué se yo! Eso no lo he llevado por cuenta.

TEOD. ¿Cómo?

BLAN. ¡Qué sordo es el diablo del hombre! (Severo hace señas de que tres ó cuatro, á la vez que mueve exageradamente la boca como si hablara pero sin decir palabra.)

TEOD. ¿Ve usted? Ahora lo he oído perfectamente: ha dicho usted que tres ó cuatro. Como que no es más que una miaja, y ná más que de este lao.

SEV. ¡Es claro! (A Blanca.) Mira tú lo que es la imaginación. Ahora me ha oido.

BLAN. Ten cuidado, que á lo mejor estas gentes se hacen los sordos y no lo son.

TEOD. Pues entonces es la hora del coci; de modo que si ustés quieren una miaja de la pobreza de uno... Abundante, eso sí; pero sota, caballo y rey.

SEV. Pues cante usted veinte en lo que sean.

BLAN. ¡Severo! (Riendo.)

TEOD. La señorita de buena gana tomaría un poco. Se lo he conocido en la cara.

BLAN. (Riendo.) No, no, muchas gracias.

TEOD. Pues andando, que ya estará la parienta aguardando. ¡Maldita sea!... Tóo el día aperreao pa ná. (Mirando á los jóvenes que al principio de la escena fijaron su atención en el diálogo, pero que han vuelto á lo suyo.) Pues mire usted esos cómo están. ¡Ya verais, ya os lo dirán de misas! Y menos mal si tenéis dinero. Aunque de tóos modos esta me cortan (La cabeza.) si al año no estáis más arrepentíos que la María Madalena.

SEV. Se le va á enfriar el coci.

JUA. Señor albañil, procure morigerarse, que yo no tengo el honor de conocer á usted.

VIV. No hagas caso, Juanito. Es un hombre inculto.

TEOD. Bueno. En último término, ¿á mí qué? Allá cuidiaos.

SEV. Eso; allá, allá le esperan á usted. ¡Cristo, qué hombre más charlatán!

TEOD. Entonces, si no quieren, de aquí á luego que volveré...

SEV. ¡Ah! ¿pero piensa volver?

TEOD. Pa despedirme de ustés.

SEV. Mira qué fino. Muchas gracias, por nosotros no se moleste.

TEOD. ¿Qué decía? ¡Pícaro oído! Y es que los días que sopla Este, nada por éste. (El oído derecho.)

BLAN. Y los que sopla Oeste, ni por este ni por el otro. (En este momento se oye la campana.)

SEV. (A gritos.) La campana. Que suena la campana.

TEOD. ¡Recontra! Será para volver al tajo. Si le digo á usted que ni pa comer tié uno tranquilidá. Conque... Teodosio Tumbao pa servir á ustés. (Medio mutis.)

SEV. En esa postura para poco podrá usted servirnos.

TEOD. (Volviendo.) ¿Qué decían ustés?

BLAN. } Nada, nada.
SEV. }

JUA. } (Al ver que el obrero les mira.) Nada, nada.
VIV. }

TEOD. Ustes disimulen. Ya los digo que cuando sopla Este...

BLAN. Este nos va á dar la lata. (Vase Teodosio.)

ESCENA IV

DICHOS menos TEODOSIO

Juanito la emprende otra vez con Vivina. Don Severo finge que lee, mirando de reojo á los novios. A Blanca se le cae el ovillo por mirar también

VIV. Vamos, no seas pesado. Ya te he dejado hoy que me abraces. Mañana veremos.

JUA. Tiene que ser hoy, Vivina. (Después de breves momentos de lucha «comprimida», ella cede de buen grado y él la besa dos ó tres veces.)

SEV.
Que ellas fuertes en amar
y flacas en resistir,
se duermen para esperar,
despiertan para morir.
(Hero y Leandro. «Campoamor».)

GUAR. (Pega un manotón y cogiendo la pluma del sombrero de la institutriz, dice:) ¡Te pesqué! (Se queda con la pluma en la mano, y al ver que es larga y de colores, su asombro llega al límite. Mira al espacio en todas direcciones. La institutriz despierta asustada, se coloca bien su sombrero, que del tirón se ha torcido, busca su pluma, la ve en poder del Guarda y se la quita indignada. Juanito se levanta asustado al oir el bofetón, pensando que es su futura suegra. Vivina también se asusta. Don Severo y doña Blanca contemplan la escena riendo.)

MISS Osté gastar bromas con su señora abuela.

GUAR. Señora, azviertu á usté que tengu que presentarlu en la Intendencia. Y que yo non he tenidu nunca abuela.

JUA Creí que era tu mamá.

MISS Yo no querer hablar con osté. (Leyendo en su libro.)

VIV. ¿Ves tú? (Vuelven á sentarse.)

GUAR. Yo lo que la digu es que á todu ozjetu ú bichu raru, ú persona sospechosa, tengu que llevarlu á la Intendencia. Yo he cogido ese bichu, escapóseme, lástima fué. Ustez me quita las plumas y yo non puedu poner la partida.

MISS Yo no hablar con osté. (Sigue leyendo.)

GUAR. Ni cun nadie. Y si yo hablo con ustez es nun más que porque mi carázter de autoridá me obliga, que si non, con esa cara... imposible.

MISS ¡Groseró!

GUAR Tengamos la fiesta en paz.

(El Guarda vase con altanería mirando á la inglesa desdeñosamente. A poco vuelve á entrar, pasea por el foro. Por último vuelve á sentarse, y tras de muchas contorsiones, se duerme nuevamente.)

JUA. ¿Nos habrá visto la Miss?

VIV. No lo creo; pero además es muy reservada.

JUA. Ya vuelve á leer.

VIV. Nos han interrumpido cuando... me estabas diciendo unas cosas tan bonitas.

JUA. Y pensando otras más atrevidas.

SEV. (A Blanca.) ¿Te acuerdas de aquella amiguita tuya que se llamaba Eloisa?

BLAN. ¿Que si me acuerdo? Como que porque no

hacía más que ponerte la cara tierna tuve que ponerla de patitas en la calle. Eso sí, de buena manera.

SEV. Y tan de buena manera: «Mira, Eloisa, á mí no me toma nadie el pelo; por lo tanto, te agradeceré que no vuelvas á esta casa.»

BLAN. Me parece que...

SEV. Pues anteayer la ví en la calle. Me miró, la miré, se puso muy colorada, me estiré cuanto pude, aligeré el paso contoneándome, y... vamos, que todavía, todavía conserva restos de aquel amor que la trajo loquita. (Hace todos los movimientos que dice, pero sin levantarse.)

BLAN. Tú sí que estás loquito. ¡Carcamal! ¿De dónde sacas tú que puedes contonearte, si gastas en medias suelas más que el rey en gasolina?

SEV. Mira, mira, no digas, que aún, aún...

BLAN. Sí, aún te voy á tener que comprar un sonajero y un frasco de jarabe para la baba.

SEV. Sí, que tú estás todavía con los colmillos.

BLAN. Y con ellos estoy... si los echo ó me los sacan. (Siguen hablando bajo muy cariñosamente.)

JUA. Y al primer bebé le pondremos Simeoncito, como mi abuelo.

VIV. ¡Uy, qué nombre tan feo para mi niño! ¡Simeón!

JUA. ¿Pues qué? ¿Quieres ponerle Gundemaro, como si fuera un rey godo?

VIV. ¡Y vaya si será un rey de su casa!

JUA. Y nosotros le cantaremos. (Como si arrullara á un niño entre sus brazos.)

VIV. Y el ama también le cantará. Porque tendremos ama.

JUA. Ya lo creo. Y dos niñeras: una de verano y otra de invierno.

VIV. Oye, ¿en qué se diferenciará la de verano?

JUA. Pues.. en la ropa. Irá vestida como las tiples sicalípticas.

VIV. ¿Cómo van vestidas las tiples esas?

JUA. Pues no se puede explicar, porque la verdad es que casi no van vestidas.

VIV. ¿Entonces son como las venus que no tapan casi nada?

JUA. Eso es: como las venus, aunque no sean venus precisamente.

SEV. (Hablando con Blanca.) ¿Cómo era aquella canción? Tú la recuerdas seguramente.

BLAN. ¡Vamos, déjate de bobadas! (Hace que no quiere, pero revienta por cantar.) Para que se burlen de nosotros.

SEV. Anda, tontina, nada más que un poquito.

BLAN. Pero muy quedito, ¿eh?

SEV. Sí, sí, quedito. (Doña Blanca empezará á cantar á menos de media voz, pero más fuerte después, una canción popular y antigua, cuya música va al final de la obra.)

BLAN.
Que se casa, que se casa
la mocita del lugar,
que se casa, que se casa
sin poderlo remediar.
Ven, zagalillo, ven á mi lado,
ven, no te alejes, tengo dolor.

SEV.
Voy, que te quiero, dueño adorado;
voy, zagalilla, junto á mi amor.

LOS DOS
Tirirí, tiriró, tirirí, tiriró.

JUA. Oye, cómo cantan los viejos.

VIV. Será que recuerden días dichosos.

BLAN. }
SEV. }
Tirirí, tirirí, tirirí, tiriró;
tirirí, tirirí, tirirí, tiriróoooo. (Muy largo.)

(Juan y Vivina ríen, pero no con risa burlona, sino alegres, pensando acaso en una vejez tan dichosa como la de aquellos ancianos á quienes oyen cantar. Severo y Blanca casi lloran, pensando, tal vez, que son pocos los días que les quedan para sus recuerdos.)

VIV. (Riendo.) Cantan. (Por los viejos.)

BLAN. (También riendo.) Ríen. (Por los jóvenes.)

SEV. Porque esperan días felices. La risa es también canción alegre que endulza las horas. (Juan y Vivina, contagiados por la simpatía que les ha inspirado el amor de aquellos ancianos, cantan muy bajito, como recordando la canción que acaban de escuchar, á la vez que Blanca y Severo, obligados por la misma simpatía, ríen con igual risa que los jóvenes reían cuando ellos cantaban.)

BLAN. También cantan. (Riendo.)

SEV. (Riendo también.) Y nosotros reímos. Cuando la vida es vida de amor, cantos y risas son esperanzas de dichoso porvenir ó recuerdos de venturoso pasado.

(El Guarda despierta, mira á la Miss, ésta le hace un gesto y se vuelven los dos de espaldas, al mismo tiempo que las dos parejas, riendo todos, se levantan y muy lentamente se van acercando los unos á los otros mirándose con cariño, y si el telón no nos lo impidiera, llegando al suelo con oportunidad, veríamos que Blanca y Vivina, Severo y Juanito se estrechan efusivamente las manos.)

FIN DE LA OBRA

Canción de los viejos

Blanca

Que-se ca-sa que se ca-sa la mo-ci-- ta

del lu--gar Que se ca-sa que se ca-sa sin po-

der-lo re -- me-diar Ven za-ga-li-llo ven á mi la-do

ven no te a-le-jes ten go do-lor

Severo

Voy que te quiero - due-ño ado-

-ra-do voy za-ga-li-lla jun-to á mi amor

Los dos

Ti-ri-ri ti-ri-

-ró ti-ri-ri ti-ri-ró ti-ri-ri-ri ri-ri-ri-ri-ri-ri-ri-ró

NOTA

Las Empresas que pongan en escena esta obra, abonarán por derechos de representación, la mitad de un acto de comedia.

Obras del mismo autor

El sobrino del tutor, comedia en un acto y en prosa.

Madrid al día, pasillo cómico-cinematográfico-callejero, en prosa y verso. (1)

Cosas de la tierra, pasillo cómico de costumbres andaluzas.

El día gordo, comedia en un acto, en prosa y verso. (1)

Lo eterno, comedia en un acto y en prosa.

El barranco de la muerte, zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa y verso.

La casa del amor, sainete lírico en un acto y en prosa.

(1) En colaboración con D. Luis Facio.



Precio: UNA peseta